

EL BOLÍVAR DE GABO U OTRA LECTURA DE “EL GENERAL EN SU LABERINTO”

Elvia María González Agudelo
Prof. Universidad de Antioquia.

Resumen

Este estudio constituye una propuesta metodológica para acercarse a una lectura comprensiva de un texto literario cualquiera. El método es mixto entre la técnica estructuralista de las lexías de R. Barthes y la metodología etnográfica para las historias de vidas o elaboración de biografías. Es, en síntesis, una lectura de inferencias, de observación, de selección, para después reconstruir un personaje elegido de una obra, aislado de su contexto, caracterizándolo en su individualidad. Como es una proposición teórico-práctica, se concluye adjuntando el ejemplo de una “nueva lectura” de la biografía de Simón Bolívar, desde la novela “El General en Su Laberinto” de Gabriel García Márquez.

Abstract:

This research establishes a methodological proposal to get near to a comprehensive reading of any literary text. A mixed method is used to study the structural techniques of the lexicon used by R. Barthes and the ethnographic methodology for the history of lives or the making of biographies. It is in short, a reading of inferences, observation, selection, from which we are going to rebuild a chosen character taken from a literary work, isolated from the environment and giving him his own individuality. As it is a theoretical-practical proposal we conclude adjoining an example of a «New reading» of Simón Bolívar's biography taken from the novel «The General in his labyrinth» by Gabriel García Márquez.

Este texto es una pequeña propuesta teórica y práctica para acercarse a una lectura comprensiva de cualquier obra literaria. Ella es un híbrido entre un sector del estructuralismo propuesto por Roland Barthes y la metodología etnográfica de las historias de vida, así:

En primera instancia se va leyendo la novela y se elige el personaje a trabajar para construirle su respectivo diario de campo; el cual se va elaborando transcribiendo los enunciados pertinentes a cada personaje. Para dicha transcripción se parte del análisis estructural del relato como una mediación objetiva para penetrar en las formas internas del texto literario, en lo concerniente al sistema morfológico en sus unidades integrativas, a saber, indicios e informantes. Los indicios son unidades cuya función es revelar implícita (se deducen del texto, rasgos psicológicos) o explícitamente (se explican literalmente en el texto, rasgos físicos) a los personajes participantes en el relato. Los informantes son unidades explícitas en el texto cuya función es ubicar los personajes en el tiempo y en el espacio; son datos puros e inmediatamente significantes. Luego, con estos datos transcritos en el diario de campo, se escribe la historia de vida del personaje en cuestión.

Es una lectura de inferencias, de abstracción, de selección para luego reconstruir el personaje aislado de su contexto, caracterizándolo en su individualidad. Se lee cuidadosamente para comprender y se analiza para escribir, siendo fiel a la obra en sí, a lo que ella plantea. Es una propuesta llana de mera comprensión lectora: ¿qué dice el texto? ... para luego poder entrar a interpretar, pero primer ser conscientes de lo arduo que es comprender las cosas en sí. Es una propuesta alterna para construir biografías.

Vivamos la experiencia de leer una historia de vida literaria muy particular. Es una invitación a leer otra biografía de Simón Bolívar, el libertador, pero desde la versión macondiana de El general en su laberinto de Gabriel García Márquez. Adelante, disfruta esta nueva lectura: .

SIMÓN BOLÍVAR:

El general Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios nació el veinticuatro de julio de 1783. Tenía una línea de sangre africana, por un tatarabuelo paterno que tuvo amores con una esclava negra y era tan evidente este rasgo que en Lima lo llamaban zambo. Sin embargo el incremento de su fama hizo que algunos pintores lo idealizaran quedando para la memoria de la historia un perfil romano

que representaba a un general prácticamente irreconocible. Pasó su infancia y parte de su juventud en el ingenio de San Mateo, donde quedó huérfano de padre a los tres años y de madre a los nueve. Se casó a los veinte años con María Teresa Rodríguez del Toro y Alayza de quién enviudó a los ocho meses de matrimonio, sepultando para siempre su recuerdo en el olvido.

Una vez fallecida su mujer viajó a pie por toda Europa con su maestro Simón Rodríguez, se volvió masón y estaba fascinado con la coronación de Napoleón y el racionalismo, recitaba de memoria sus páginas favoritas de El Emilio y La nueva Eloísa. Conocía de las artes de la cava y la cocina como un europeo refinado. Cumplida la mayoría de edad dispuso de su herencia, de la que ya hacían falta ciento cincuenta mil francos derrochados en París.

La muerte de la esposa se convirtió en el acontecimiento que lo registraría en las páginas de la historia. Hasta aquel deceso había sido un joven rico, acomodado, dedicado a los placeres del mundo. Una vez fallecida su mujer, y habiendo regresado al nuevo reino, gastó buena parte de su fortuna en la guerra de la independencia, sus sueldos fueron repartidos entre las viudas y lisiados de guerra, sus tierras las donó a los numerosos esclavos que liberó mucho antes de que fuera abolida la esclavitud sus trapiches y sus casas quedaron en manos de sus familiares. Desprendido y generoso, rechazó un millón de pesos que le ofreció el congreso de Lima en la euforia de la liberación; de la misma manera que le regaló a un amigo en apuros la quinta de Monserrate que el gobierno le adjudicó para vivir dignamente.

No era persona de una sola decisión, cambiaba fácilmente de parecer. Lo acusaban de ser veleidoso en su modo de juzgar a los hombres, de que peleaba contra España y fomentaba su espíritu, de ser masón y leer a Voltaire en misa, de que era frívolo, hipócrita y hasta desleal, porque adulaba a sus amigos en su presencia y denigraba de ellos a sus espaldas, lo que él reconocía argumentando en su defensa que lo hacía por el sueño de la unidad de su América independiente. De todo esto se le oía hablar pero de sus mujeres sólo José Palacios logró las infidencias del general. José Palacios era desde muy joven su eterno servidor. Había sido esclavo de la madre del general, era un conocedor absoluto de sus necesidades y estaba siempre a su lado sin recibir sueldo alguno.

Con el tiempo, Bolívar se convirtió en una persona con tan pocos afectos materiales, que aun los caballos, una de las grandes pasiones de

su vida, los iba dejando a los amigos que encontraba a su paso. Incluso a Palomo, su caballo más conocido, lo dejó en Bolivia presidiendo las cuadras del mariscal de Santa Cruz.

El general era un hombre capaz de superar cualquier obstáculo y con su terrible poder de seducción, podía convencer a quien pusiera en tela de juicio sus afectos. Se movía serenamente en medio del fuego enemigo, lo que hizo que sus oficiales llegaran a pensar que se creía invulnerable; cuatro atentados se cometieron contra su existencia y en ninguno de ellos sufrió daño alguno. Su epopeya, además de liberadora de los suelos americanos, tuvo grandes batallas en las regiones del amor.

Una noche de enero de 1820, en una localidad venezolana, a la que llegó con dos mil hombres, conoció a una mulata llamada Reina María Luisa, a quien derribó del lastre de la esclavitud, despojándola de su virginidad en una hamaca. Por la mañana se la compró al dueño de la hacienda, liberándola sin mayor reparo.

En Kingston, sobrellevando su segundo exilio conoció a Miranda Lyndsay, quien lo salvó de uno de los múltiples atentados que se urdieron contra él, invitándolo a una cita falsa de amor, a la misma hora en que asesinaban a su amigo Félix Amistoy en su hamaca. Miranda lo supo de antemano y su plan no pudo ser más discreto para salvarle la vida al general. Por esos años Simón Bolívar llevaba el cabello largo, amarrado en la nuca como una cola de caballo.

El miércoles 25 de septiembre de 1828 casi a la media noche, cuando los bríos del amor inundaban su cuerpo y el de Manuela Sáenz su fiel compañera, fueron sorprendidos por las balas y los cañones contra algún cuartel leal. A toda prisa Manuela le ayudó a cubrir su desnudez y escapar por el balcón acompañado de un sable y una pistola; refugiado contra la lluvia y la muerte, esperó debajo del puente del Carmen, hasta que las tropas leales reprimieron a los golpistas; tan agotado quedó por el frío y la desilusión, que no faltó por aquella época alguien a quien le dijera que se marchaba a donde si lo quisieran. Aquella noche del 25 de septiembre hizo contar como víctimas del atentado a dos de sus perros, que eran otra de sus pasiones.

Manuela fue su gran confidente, guardiana de secretos y archivos; su generala. Durante muchos años fueron amantes sin el amparo de la clandestinidad. No sólo fue su concubina, también Manuela era su lectora más emotiva, largas horas le leía cuando el cansancio de la vida ya no le

permitía este ejercicio al general. Fue un amor de ires y venires, de cadenas y fugas. En Quito después de dos semanas de romance el general partió a Guayaquil. Sus encuentros eran suspendidos con la promesa de la correspondencia, pero en realidad muchas de las cartas escritas de su puño y letra, nunca fueron enviadas.

Escapó siempre que pudo a los lazos de una relación estable. No hubo mujer con la que hubiera insinuado siquiera la idea de permanecer. Cuando llegaban los apuros del amor, atravesaba mares para saciarlos y una vez satisfechos le bastaba con llamarlas, sentir las y procurar sus afectos en los recuerdos.

Desde que Bolívar asumió la presidencia anunció incontables veces su renuncia; en el discurso de posesión dijo "mi primer día de paz será el último del poder". En alguna oportunidad en que pensó en renunciar, le dijo a Santander que dejaba la presidencia tranquilo porque quedaba en manos suyas, "se la dejo a usted que es otro yo y quizás mejor que yo". Santander fue su hombre de confianza, a quien distinguió con el título de hombre de las leyes. Pero también el mismo que luego desterraría a París por el delito de conspiración. El general tuvo con él una férrea amistad, desgastada en el transcurso de los años porque Santander nunca pudo conseguir la unidad de América, "le quedaba grande" decía el general Bolívar; en secreto, lo llamaba Casandro.

El general fue siempre contrario a cualquier prescripción médica. El mismo se diagnosticaba y recetaba apoyado en *La medecine a votre maniere* de Donostiere, un manual francés de remedios que José Palacios le llevaba a todas partes y con el que se curaban incluso desórdenes del alma.

Sin embargo, las enfermedades que sufrió en el transcurso de su vida no le impidieron pisar nuevamente las cimas andinas; venció en Junín, con la victoria de Ayacucho culminó la gesta libertadora, creó la república de Bolivia y fue feliz en Lima acariciando la gloria. Defendió airadamente, contra cualquier ataque, la integración de su América continental y no permitió jamás que nadie derrumbara aquel sueño. El título de libertador lo recibió en agosto de 1813 de la multitud caraqueña que lo victoreaba en su entrada triunfal a la ciudad.

Cuarenta y seis años tenía cuando llegó la certidumbre de su vejez prematura. Tuvo conciencia de ello cuando observó en Guayaquil como su larga cabellera era un manto blanco y se la cortó. También afeitó su

bigote y patillas. Era un ser distinto, disminuido por los años y la enfermedad; se descubrió menor de peso y estatura en relación a los años de gloria que saboreó en Lima. Su cabello tomó un color cenizo pero a pesar de ello sus ademanes decididos delataban un yo distinto que se negaba a envejecer, embriagaba en sus largas ceremonias de limpieza diarias, veinte años de guerras inútiles y desengaños del poder.

Poco interés por cuidar su vida le quedaba ya para esa época. La certidumbre de una muerte en medio del olvido habían apaciguado sus ánimos; comenzó a padecer lo que el llamaría crisis de demencia: le era difícil saber al día siguiente si estaba hablando dormido o despierto, sin embargo, su razón no se quebrantaba por aquellas crisis. Aunque el desencanto había encontrado morada en él, intempestivamente retomaba el hilo de su vida con más ímpetus que antes.

A su último regreso de la guerra del sur, quienes lo vieron sabían que venía a morir. Para esos días consideraba a su amigo entrañable, el mariscal Sucre, como el adecuado para sucederlo en la presidencia; pese a aquel voto de confianza Sucre decidió no aceptar. Aquella negativa sirvió para que el general redactara su renuncia definitiva. Mandó por papel y tinta suficientes para transcribir rencores y recuerdos, pidió los servicios de su sobrino y amanuense Fernando y comenzó su recolección de memorias que finalmente postergó.

El cansancio se encargó también de roer su amor con Manuela Sáenz, su cuerpo envejecido no era suficiente cuando quería intentar un nuevo amor con ella y el sueño o los desmayos lo vencían a cualquier hora del día. Los granadinos lo llamaban, por aquel entonces, "longanizo" que era el apodo de un loco de la calle famoso por sus uniformes de utilería.

Para la elección del nuevo presidente, sus partidarios se pusieron de acuerdo para que la votación fuera unánime a favor de Joaquín Mosquera y él no apareciera como un perdedor. Cuatro días después partió para Santafé, rematando lo que le quedaba de valor, que era poco, en relación a sus antiguas arcas, unas de las más prósperas de América.

Partió definitivamente quien había despojado a España de un imperio cinco veces más vasto que las Europas; quien había dirigido veinte años de guerra para mantenerlo libre y unido; y quien lo había gobernado con vocación decidida hasta la semana anterior. En ninguna ciudad se sintió tan extraño como en la fría Santafé; aunque aquella era

la ciudad elegida como templo de su gloria, la que amó como a ninguna otra, y la que había idealizado como capital del mundo y razón de su vida.

En el trayecto de salida, Manuela Sáenz lo esperaba, le hizo una señal con la mano correspondida por el general y nunca más se vieron. Lo acompañaban en su viaje cinco personas además de José Palacios: el general José María Carreño; su edecán irlandés, el coronel Belford Hinton Wilson; Fernando, su sobrino, edecán y escribano; su pariente y edecán Andrés Ibarra y el coronel José de la Cruz Paredes, militar probado en numerosas campañas de la independencia.

Emprendieron el viaje a caballo. El general había cabalgado en su vida más de dos veces la vuelta al mundo, en torno a él se tejió la leyenda de que dormía cabalgando. Tenía las piernas cascarras de los jinetes viejos, el modo de andar de los que duermen con las espuelas puestas y se le había formado alrededor del sieso un callo escabroso, que le valió el título de "culo de fierro". Nadie lo reconoció en el camino.

Antes de llegar a Honda atravesaron una cornisa glacial, sólo resistida por una voluntad de hierro como la del general. Postrado por la fiebre y recibiendo solamente drogas para el estreñimiento, soportó a duras penas la bienvenida a Honda. Allí mismo recibió la noticia verbal: Manuela no le había escrito pues en los correos había órdenes de no recibir sus cartas; con este incidente comenzaron una serie de provocaciones que terminaron con el destierro de Manuela; sin embargo, ante la mala noticia de la correspondencia el general sonrió.

En Honda se encontró con Miranda Lyndsay, ella le pidió el favor de ayudar a su marido, el cual cumplía una larga condena por asesinar a un hombre, el general le ofreció su ayuda.

A punto de partir, bajó con el apoyo de su voluntad la pendiente hacía el atracadero, donde comenzaba el viaje de regreso a la nada, disimulando aquella certidumbre con una sonrisa. A bordo de la tripulación del champan se encontraba Fernanda Barriga, su cocinera de los últimos años, a quien llamaba Fernanda Séptima cuando lo obligaba a comer algo no deseado; solamente de ella recibió lo que comería durante todo el viaje río abajo: mazamorra de maíz, su plato favorito desde cuando comenzó a decrecer su salud.

El primer día de navegación fueron sorprendidos por una fuerte tormenta, el general se dio cuenta de una orden equivocada que impartió

el capitán. Atento al curso de la embarcación, Bolívar tomó el mando y logró superar la crisis. En los primeros días Fernando terminó de leerle las crónicas de Lima y no logró que se concentrara en nada más. Fue su último libro completo. El desaliento ante la vida agrietó también su interés por la lectura, además empezó a perder la vista, el fastidio que le causaban las antiparras terminó por vencer su entusiasmo de lector.

En aquel viaje por el Magdalena recordó que Humboldt en Europa le había dicho que las colonias en América estaban maduras para la independencia, lo único que faltaba era el hombre; en ese entonces el general nunca se imaginó que ese hombre era él. No se detuvieron en ningún poblado antes de Mompox. Allí pidió apoyo para el gobierno central y manifestó gratitud a la ciudad por los veinte años de gloria que le dieron. Apretó con fuerza las manos de quienes lo esperaban, hecho poco creíble para un cuerpo sin fuerzas.

Por una mujer se había jugado la gloria en Mompox años atrás, era Josefa Sagrario, una momposina al servicio de Santander con instrucciones de robarle el poder y desintegrar el país. Fue feliz con ella y durante diez noches creyeron que ambos se amaban como nadie más en el mundo, ella le dejó su oro para las guerras, pero él no lo recibió por escrúpulo pues era una fortuna ganada en la cama. Muchos años después ordenó restituir el oro a Josefa y le comunicaron que ella había sido desterrada, por él mismo, hacia Italia por conspirar contra el estado, el general sorprendido no recordaba que había sido orden suya en la confusión del 28.

La tarde del domingo 21 de mayo reanudaron el viaje. Un gran buque los embistió, venía en sentido contrario y volteó el champan de las provisiones, en su cornisa se leía: El Libertador, "Pensar que ese soy yo", dijo pensativo.

Por fin el mar daba ecos de vida y con él Turbaco. Apenas desembarcaron cuando la noticia de su llegada corrió hasta Cartagena. Allí habían preparado una recepción para el día siguiente.

En Turbaco estuvo veinte días y recibió a los visitantes sentado en la hamaca. El tema de conversación más frecuente fue el estado de la nación; no le importaba pedir apoyo para el gobierno, aun sabiendo que éste respaldaba a Santander, él volvería de París, a fulminar su sueño de unidad.

Su enfermedad se agravaba con los días, el color de su piel había pasado del verde pálido al amarillo mortal, el dolor de cabeza se había

vuelto eterno, las fiebres tampoco cesaban y su peso sólo alcanzaba las 88 libras. Aun así, fue tan generoso con todos los soldados que le contaron su penuria a lo largo del río, que en Turbaco, apenas contaba con la cuarta parte de sus recursos de viaje.

Nadie más que él estuvo al tanto de las necesidades de sus oficiales y del horizonte de su destino pero cuando los problemas no tenían vuelta de hoja, los resolvía engañándose a sí mismo. Las filas de su ejército las formaron todo tipo de personas, pero en el núcleo de quienes hicieron la independencia se hallaba lo mejor de la aristocracia criolla.

Quienes lo acompañaron en su viaje eran casi todos familiares políticos o de sangre, Fernando, José Laurencio, los Ibarra, Briceño Méndez. El general no fue consciente del poder que mantenía frente a ellos. En Turbaco terminó jugando cartas con su séquito de igual a igual, mientras esperaba el envío del pasaporte; en uno de los juegos los soldados se dieron el desahogo, le manifestaron que no arrastraban frustraciones antiguas, pero no soportaban la incertidumbre de su renuncia al poder, acrecentada por aquel viaje sin destino. Fue un alivio para el general, ya no quedaban nubes entre sus oficiales y él, pero ellos creían que le habían infundido desconfianza.

El martes recibió el pasaporte para salir del país y lo abrió para decir "Somos libres". Así continuó el viaje a Cartagena. Al ver las murallas le encomendó a José María Carreño la misión de averiguar por Sucre. Una comitiva numerosa lo recibió; Cartagena sólo era un paso transitorio en su viaje y, sin nadie saber razón alguna, se quedó allí. Se instaló en una casa al pie de la Popa, lejos del recinto amurallado al cual sólo entró a posar para Antonio Meucci un pintor italiano de visita en Cartagena; sólo José María Espinosa le había pintado antes del atentado de septiembre. En este retrato pudo verse a sí mismo: su cuerpo traslucía cada una de sus costillas, sus brazos y piernas envueltos en un pellejo débil eran el resumen de aquel hombre que se acercaba a la muerte.

En Cartagena recibió la noticia del homicidio de Sucre. Con ello quedaba cerrada la posibilidad de que tomara el lugar del general.

A la muerte de Sucre, dejó escapar cada uno de sus rencores viejos con sus oficiales. Los días siguientes, la atmósfera se impregnó de amarguras; repitió veces sin término, la complacencia con que patrocinó Santander la corrupción de sus amigos. "Así fue como empezó a acabarse el mundo", decía. Siendo presidente ejecutó la pena de muerte a todo quien robara más de diez pesos.

Durante muchas noches reveló a todos el lado sombrío de su alma; los días que siguieron fueron los peores, la única visita que recibió fue la del general polaco Miecieslaw Napierski y a éste le manifestó su deseo de viajar a Europa.

Las fiebres de la tarde fueron cada vez más puntuales. La tos se convirtió en un aullido desgarrador. Una mañana, un grito desolado sorprendió a José Palacios: "Putá patria", era el general que se había cortado afeitándose; andaba más indignado por la torpeza que por el dolor.

Su hermana le escribió desde Venezuela solicitándole su regreso para arreglar el país. Allí, como acá, era querido por unos y odiado por otros quienes solicitaban en los pasquines locales, el exterminio de su familia. El congreso de Venezuela informó que no arreglaría el conflicto mientras el general permaneciera en territorio colombiano. Esto le dolió profundamente.

En Cartagena José Palacios coreó su cumpleaños número cuarenta y siete. El general llamó a todos los que querían irse para Venezuela a pelear por la integración de Colombia, determinación que tomó por motivo de su aniversario. Aun mantenía la esperanza de que una nueva guerra reverdeciera los laureles de antaño.

El 5 de septiembre el general Urdaneta subió a la presidencia, su primer acto fue ofrecerle al general la presidencia, lo cual nuevamente rechazó. De su viaje a Europa no volvió a mencionar nada más; barcos iban y venían y su silencio permanecía.

La casa del cerro de la Popa se convirtió en cuartel del país, muchas decisiones fueron tomadas o inspiradas por él desde la hamaca. Con la insurrección de Riohacha y su declaración como territorio venezolano, el general convocó a sus oficiales a reunión para definir la estrategia que calmara los bríos de Riohacha; para seguir de cerca aquella guerra le buscaron al general una casa de campo en Santa Marta. Sólo se llevó la mitad de su equipaje.

Por una recaída del general, estuvieron más de un mes en Soledad. Allí llegó inconsciente, se negaba a enfrentar su enfermedad para no distraerse de la mayor empresa de su vida. El mismo tomaba los alimentos y no dejaba que Fernanda lo alimentara, como si esto fuera una conjura contra la enfermedad. Mantenía su pulso firme: por mal

que estuviera, las manos no le temblaban. Pero en una ocasión, José Palacios lo encontró en la habitación cierto día, afeitándose el cráneo. Tan mal estaba que aceptó la visita de un médico, sólo para conversar, dijo. El elegido fue Hércules Gastelbondo, un anciano pleno e inmenso. El médico fue una aparición providencial. Le mejoró su humor, pero las malas noticias se lo derrumbaban. Joaquín de Mier dispuso su casa de San Pedro Alejandrino, en Santa Marta, para el descanso del general.

No volvió a leer, si tenía que escribir, contaba con Fernando. Cuando llegaron a Santa Marta ya no le quedaba cuerpo para expulsar, estaba exhausto y estragado. Un médico de urgencia llamado en Soledad por el general Montilla, diagnosticó al general una muerte empezada desde hace años, pensó que la causa mayor eran los pulmones dañados, con los días lo confirmó y sumó a las pruebas clínicas el tormento moral del general. El médico se llamaba Alexandre Prosper Révérend, él se ganó la confianza del general.

Se esforzaba por disfrazar el dolor como molestias banales y demostrar la diligencia de otras épocas, redactó disposiciones para el destino de sus allegados y a cada uno le auguró una buena partida para su futuro. Sin embargo, la primera noche logró reponerse. Parecía distinto, pero el médico Révérend le explicó que estos eran los últimos aires de vida de los difuntos. La última crisis que le sobrevino fue fulminante.

Tan disminuido estaba que tuvieron que cortar a los pantalones y dar una vuelta más a los puños de la camisa, esto no lo diezmó para dictar los borradores de su última voluntad: llevar sus restos a Venezuela, los dos libros heredados de Napoleón fueran llevados a la Universidad de Venezuela, darle ocho mil pesos a José Palacios en reconocimiento por sus servicios y en la cláusula de rigor dio las gracias al general O'Leary y a Roberto Wilson, ambos nombres quedarían para siempre vinculados al general.

La segunda semana de diciembre pasó por Santa Marta el coronel Luis Perú de la Croix, visitó al general y escribió a Manuela Sáenz informándola de su enfermedad. Cuando esta la recibió emprendió viaje pero ya no le quedaba tiempo para alcanzar el destino del general; en los primeros actos de Santander fue desterrada.

En su abandono tres visitas memorables lo consolaron: la del maestro Simón Rodríguez, la del patriota italiano Giuseppe Garibaldi y

la del novelista Herman Melville quien se documentaba para escribir Moby Dick.

En la casa ya rondaba el desorden de la muerte, sus oficiales iban a la deriva. En una colecta pública se reunieron fondos para sus funerales y Fernanda Barriga se quedó al lado de la ventana vigilando al moribundo.

En la noche del miércoles el cura de Mamatoco le llevó el viático acompañado por una doble fila de indias con candiles de aceite. El general los hizo salir con un grito: "Llévense esas luminarias, que esto parece una procesión de ánimas".

Tratando de que el mal humor no acabara de matar al sentenciado, Fernando llevó una murga que tocó todo el día bajo los tamarindos del patio. El general, envuelto en una sábana blanca y más demacrado y ceniciento que después de muerto, reaccionó de buen modo a la virtud sedante de la música llevando el compás con la cabeza y aplaudiendo al final de cada pieza. Por la noche conversó hasta muy tarde con su sobrino y por primera vez le dio consejos sobre el porvenir. La idea de escribir juntos las memorias quedó en proyecto.

El 10 de diciembre el general amaneció tan mal que llamaron de urgencia al obispo Estévez por si el general quería confesarse. El obispo acudió vestido de pontifical y la entrevista, a puerta cerrada y sin testigos, duro 14 minutos. Nunca se supo una palabra de lo hablado. Una tarde sufrió una recaída súbita de la cual no se recuperó. "Carajos. ¡Cómo voy a salir de este laberinto!", suspiró. Examinó la habitación, vio su cama de lástima, la prisa del reloj octogonal en carrera hacia la cita final del 17 de diciembre, cruzó los brazos y observó por última vez los resplandores de una vida que no volvería a repetirse.

Cuatro centímetros menos tenía cuando falleció. Al conocer la noticia de su muerte en Venezuela, fue proclamada como la muerte del opresor, del general del mal y la anarquía. Fue expuesto en cámara ardiente en Santa Marta con su cuerpo embalsamado y la casaca azul de su rango, sin los ocho botones de oro que alguien robaría en la confusión de la muerte.

BIBLIOGRAFÍA:

Barthes, Roland.(1970). Introducción al análisis estructural del relato. Buenos Aires,:
Tiempos Contemporáneos.

García Márquez, Gabriel. (1989). El general en su laberinto. Bogotá: Oveja Negra.

González, Elvia(1996). Fotografía de grupo o los actantes en la novelística de Gabriel
García Márquez.Universidad de Medellín. N° 63,

